

LOS FANTASMAS DE EDIMBURGO

ELOY M. CEBRIÁN



Las buenas historias son siempre guarras.
HOUSE, episodio 13, 2ª temporada.

La vida es como despertar en un tren rodeado de gilipollas.
MANUEL TERRÍN BENAVIDES

Quoth the raven, "nevermore".
E. A. POE, *El cuervo*.

PREÁMBULO

Yo diría que mi descenso a los infiernos empezó con aquel episodio del perro. Sí, tuvo que ser entonces, porque hasta ese día las cosas me habían ido como la seda y fue a raíz de aquello cuando todo empezó a torcerse. Hasta que ese chucho sarnoso se coló en mi existencia, gozaba de una reputación, una familia, una carrera con prestigio y futuro y una fachada intachable. Pero después todo empezó a ir cuesta abajo, como en un tobogán, como en esos tubos de plástico que cuelgan de las ventanas de las viviendas en reforma para arrojar por ellos los escombros. Y por allí me precipité junto con los cascotes de mi preciosa vida anterior, hasta dar con mis huesos en el contenedor y en el vertedero. En el principio del tubo estaba el perro, y al final aquel pestífero paso subterráneo y Ben el Ladillas, mi guía por los mundos de ultratumba. Y entre un extremo y otro apenas trascurrieron dos semanas. Dos semanas y aquí me tienen, convertido en un desecho, yo que era el miembro más prometedor del Departamento de Filología Moderna de mi facultad. Dos semanas. Por el amor de Dios. Dos miserables semanas.

Algunas veces, cuando todas estas calamidades me sumen en la ciénaga de la autocompasión, me asalta la idea de que aquel perro no era como todos los demás, sino una especie de agente del destino enviado para procurar mi condenación, como el enigmático cuervo de Edgar Allan Poe que surgía de la “noche plutónica” con el único propósito de atormentar al poeta. Aunque el perro de esta historia no respondió a mis preguntas con la cantinela aquella de “nunca más”. De hecho, ni yo le pregunté nada ni él dijo ni pío. Se limitó a colarse en el aula a mitad de una de mis clases de Literatura Norteamericana, tumbarse tranquilamente allí en medio y vomitar hasta la primera papilla. Así como lo oyen: aquel chucho se presentó *ex profeso* para echar la pota durante una de mis lecciones, el muy cabrón.

Y, ahora que lo pienso, la clase era precisamente sobre Poe, y yo estaba recitando unas estrofas de *El cuervo*. De ahí seguramente mi identificación con el pajarraco del poema. Siempre les recito *El cuervo* a mis alumnos. Aprenderme ese poema de memoria fue una de las pocas cosas útiles que hice durante los cuatro años que duró mi doctorado. Me encanta recitar *El cuervo* en voz alta durante mis clases, y hacerlo de memoria, cuidando el gesto y la entonación, y haciendo una pausa dramática antes de decir aquello de “nunca más”. *Quoth the raven...* (pausa, inspiración, caída de párpados, mano extendida) *nevermoooooore*. Así un año tras otro. De hecho, he convertido este recitado en un auténtico rito, el momento cumbre de mi curso de Literatura Norteamericana. Me encanta observar las expresiones de arrobó de mis estudiantes mientras les encajo la misma monserga año tras año. Sobre todo las de mis jóvenes discípulas. Incluso he llegado a notar cómo a más de una se le endurecían los pezones debajo del suéter con el *nevermore* famoso. Es agradable sentir ese poder de seducción de las palabras, usarlas como pequeños dardos que vuelan con precisión hasta el fondo mismo de sus coños en flor. *Quaff, oh quaff this kind nepenthe, and forget this lost Lenore / Quoth the Raven, “Nevermore”*, les endoso, y en ese instante tengo la plena convicción de que podría follármelas a todas si quisiera. Y eso sin tener ni la más remota idea de lo que significa *quaff* ni *nepenthe*, y sólo un vago concepto de cómo traducir al cristiano el verbo *quoth*, que se pronuncia de forma parecida a “coz”, y posee por tanto una reminiscencia bárbara, como si uno estuviera llamando a su dóberman. En serio, ¿acaso importa que yo no sepa lo que significa más de la mitad de ese ridículo poema? Son mi gesto, mi aplomo y el timbre resonante de mi voz los que desencadenan el proceso de la seducción. Y la oscuridad del significado no hace sino alimentar la fascinación que irradia de mi persona cuando, año tras año, acometo el recitado de los 125 versos de *El cuervo*. Sé muy bien que esto es sólo posible gracias a que las carreras de Humanidades se han convertido en el albañal donde desembocan las aguas

residuales del sistema educativo, las mentes más zafias, los zoquetes más extremos. Lo sé, pero no me importa. Porque en esta farsa académica los docentes no somos sino extensión y reflejo de la necesidad de los discentes. Y, en todo caso, a mí me basta con este momento anual de gloria y epifanía para justificar mi puesto de profesor titular en mi departamento, lo que muchos otros no habrán logrado en el transcurso de toda su carrera.

Justo ahora abordo el tramo final del poema, la parte donde el *pathos* y la emoción alcanzan su mayor densidad. En este momento el narrador increpa a la alimaña llamándola “profeta” y “pájaro o demonio”, y le suplica que le revele si alguna vez encontrará descanso y olvido por la muerte de su amada Leonor (aunque sabe a ciencia cierta que el pájaro sólo sabe decir “nunca más”, lo que convierte todo el poema en un curioso juego masoquista). Yo me hallo de pie y declamo con la voz crispada y gesto de horror. Estoy mirando hacia lo alto, como si realmente pudiera ver al cuervo que me tortura posado sobre el busto de Palas Atenea que adorna el dintel de mi puerta. *Tell me truly* (“dime la verdad”), le imploro. El asombro redondea las bocas y eriza los pezones, y percibo con claridad que la admiración de mis discípulos se aproxima al éxtasis. Los suspiros agitan los senos juveniles de mis alumnas, y estoy casi seguro de que Esmeralda, una escultural bobita de diecinueve años por la que siento especial debilidad, acaba de enamorarse de mí. Y entonces, justo entonces, la puerta del aula se abre como empujada por una mano fantasmal y todos se vuelven hacia ella sobresaltados, pensando tal vez que un majestuoso cuervo va a entrar agitando sus negras alas para rematar la estrofa con su fantasmal graznido: *nevermore*. Pero el que entra es el perro. Ese chucho hijoputa que está a punto de darme el primer empujón hacia el barranco en cuyas escarpadas laderas acecha Ben el Ladillas.

El perro avanza parsimoniosamente hacia el interior del aula. Los alumnos lo miran con incredulidad, pero en algunas caras comienza a insinuarse un atisbo de guasa. Intuyo que me caben dos opciones: puedo improvisar una broma, darle

al perro la bienvenida y pedirle que se ponga cómodo, o bien ignorarlo y continuar con lo mío como si nada hubiera pasado. Ahora comprendo que lo acertado habría sido lo primero, pero a estas alturas del recitado estoy demasiado pagado de mí mismo como para renunciar a mi gran (y puede que único) momento de gloria en todo el año. Así pues, retomo el tono y el gesto y continúo: *Whether Tempter sent, or whether tempest tossed thee here ashore*. El perro se acomoda a pesar de que he preferido ignorarlo. Sigo recitando, pero no puedo evitar mirarlo por el rabillo del ojo. Mi visitante es a todas luces un chucho callejero. Recuerdo que en mi infancia era frecuente ver animales como éste deambulando por ahí, a veces incluso en grupo. Yo pensaba que esas espectrales jaurías habían pasado a la historia. Creía que los servicios municipales nos ahorraban ese mísero espectáculo a cambio del dinero de nuestros impuestos. O tal vez que, con tanto muerto de hambre que fatiga las calles de nuestras ciudades, ya no quedaba sitio para los chuchos callejeros. Todo el mundo lo sabe: hoy todos los perros tienen amo. Sus dueños los bajan a cagar y estirar las patas y luego se los llevan a casa para atiborrarlos de dog-chow. De ese modo, al día siguiente podrán renovar el perverso rito de embadurnar las aceras con su mierda. Pero éste es un chucho callejero de los de verdad, como los de mi infancia. Un perro surgido de otro tiempo y de otro mundo. Su aspecto es famélico y apolillado. Es un animal horrendo. Parece que lo hayan hecho con trozos desechados de otros perros, como si un chapucero doctor Frankenstein hubiera hecho prácticas de corte y confección con él. Las costillas le sobresalen de tal modo que parecen a punto de taladrarle la piel. Es un perro desahuciado, un perro recién escapado de Auschwitz. Me sorprende que se tenga en pie, pero su paso es firme mientras avanza hacia el centro del aula y busca un lugar despejado entre los bancos y las mochilas de los alumnos. Se le ve relajado, lleno de confianza. Es como si no estuviera en un lugar extraño, como si hubiera pasado toda la vida en este aula de la facultad de Filología, la número 5, donde yo impartí mis clases de Literatura Nor-

teamericana. Finalmente parece que ha encontrado un sitio de su agrado y se tiende sobre el linóleo azul del suelo. Algunos estudiantes lo miran fugazmente y sonrían, pero yo sigo recitando como si nada hubiera ocurrido. Ignoraré al perro y llegaré al final del poema, y luego tal vez haga algún comentario jocoso que servirá como contrapunto cómico tras mi dramática actuación. Lo que me molesta es que el perro nos ignora tanto como yo lo ignoro a él, puede que más, porque mi indiferencia es sólo fingida, mientras que la suya tiene que ser por fuerza real (otra cosa estaría fuera del alcance de su naturaleza de bestia estúpida). Para él es como si no estuviéramos aquí, como si yo no estuviera recitando *El cuervo* de Edgar Allan Poe de pe a pa, de memoria y en perfecto inglés que incluso me permito el alarde de sazonar con un cierto deje norteamericano. De pronto comprendo que a este perro le importo una mierda, y eso me ofende, lo confieso. Es sólo un perro, de acuerdo, pero me humilla la forma en que prescinde de mi existencia y se dedica a lamerse pacíficamente los genitales (una habilidad que siempre he envidiado en su especie, pues se me antoja una fuente inagotable de consuelo). Y así seguimos durante unos segundos, yo con mi cuervo y él con su polla, como si estuviera solo en el mundo. Al final me irrito y levanto el tono de voz incluso más de lo que exige el énfasis poético. *GET THEE BACK INTO THE TEMPEST AND THE NIGHT'S PLUTONIAN SHORE!!!*, berreo, y todos mis alumnos dan un respingo. Acabo de conminar al cuervo para que se largue con viento fresco, y eso parece producir por fin algún efecto en el perro. Me imagino que habrá sido el grito más que el mandato lo que le ha hecho reaccionar. El caso es que ahora me mira muy atento, con la cabeza enhiesta y las orejas en alto. De momento parece haberse olvidado por completo de lamerse. Su limitada atención canina se concentra por entero en mí, y eso me complace. Aunque me inquieta comprobar que a sus muchos defectos se suma la ausencia del ojo derecho, y este detalle lo hace ascender desde la categoría de simple perro feo a la de perro monstruoso. Es un perro-cíclope, y su ojo único

reluce como un carbunco cuando lo clava en mí. Los alumnos no se han dado cuenta del cambio de actitud del animal y vuelven a estar pendientes del recitado, pero yo me estremezco al pensar en lo que puede ocurrir. Es evidente que mis gritos han puesto al perro nervioso. Quizá en cualquier momento empiece a enseñarme los dientes y a gruñir cavernosamente. O puede que salte sobre mí sin más preámbulos, dando rienda suelta a toda su ira de animal humillado en un único y criminal ataque. Rasgará el aire como un relámpago de fauces abiertas y babeantes, y de pronto yo estaré en el suelo y sus colmillos me habrán seccionado la yugular, y puede que la carótida también. Noto que mis testículos buscan refugio en las zonas más abrigadas del escroto y entierro la cabeza entre los hombros, con lo que mi estatura disminuye al menos cinco centímetros. A todo esto, no he dejado de recitar. Encogido y tembloroso, acometo ahora la estrofa final del poema. Mi voz se ha reducido a un gorgoteo, y mi actitud es la de un hombre vencido por el horror, que es exactamente como me siento. Mis alumnos, sin embargo, se han olvidado ya del perro y piensan que todo esto forma parte del espectáculo, por lo que me escuchan con sobrecogida reverencia. Pero yo apenas los veo. Para mí sólo existe este perro que me contempla como si yo fuera su próxima comida. *And his eyes have all the seeming of a demon's that is dreaming*, barboto, y ruego para que el perro no se dé por aludido por lo del “demonio que sueña”. Aunque él, lejos de soñar, está bien despierto y me sigue taladrando con su indescifrable mirada de cochambrosa esfinge. Ha permanecido inmóvil durante varios segundos, pero de repente noto un cambio. Noto que se agita y que luego se agacha ligeramente, flexionando las patas anteriores. Me da la impresión de que está tomando impulso para saltar, y ahora me doy cuenta de que ha llegado el momento de salir disparado hacia la puerta del aula. Pero un rescoldo de dignidad me impide hacerlo sin antes rematar la recitación del poema, del que tan sólo resta el “nunca más” final. Así pues, tomo aliento y me dispongo a poner la guinda de mi accidentada actuación. *Shall be lifted...*

recito, y flexiono yo también los músculos de las piernas preparado para saltar en dirección a la puerta. “Nevermore!” estoy a punto de decir. Y luego: “Muchas gracias por vuestra atención, la clase ha terminado”. Pero en ese instante el perro ejecuta la acción que lo trajo ante mí, y que no consiste en atentar contra mi integridad física, sino en algo mucho peor. En ese instante el muy cabrón emite una especie de ladrido ahogado que también podría ser un golpe de tos, y entonces vomita en una sola arcada todo el contenido de su estómago. Y allí, en medio de la clase donde yo imparto mi curso de Literatura Norteamericana, aparece un hediondo charco de inmundicia en el que alcanzo a distinguir lo que parecen ser los restos a medio digerir de algún roedor, presumiblemente una rata. Apenas doy crédito a lo que acaba de ocurrir. El perro ha obrado con una exactitud casi sobrenatural. En el mismo instante en que yo me disponía a pronunciar mi último “nunca más”, la rata vomitada surgía ante mí. Una actuación impecable, deslumbrante, como la de un prestidigitador que extrae un conejo de su chistera. Más que vomitar, el perro parece haber expresado una opinión categórica sobre mi persona y mi práctica docente. Y la incredulidad me deja mudo e inmóvil. Aunque no por mucho tiempo. Porque entonces se desata el caos. Algunos alumnos gritan. Otros se levantan y se marchan sin más. En la primera fila, mi devota y entusiasta Esmeralda se aferra el estómago con ambos brazos y arroja su desayuno con gráciles arcadas (todo en esta chica es encantador, incluso su forma de echar la papilla). Pero lo que me hunde de verdad en la desdicha es ver cómo un grupo numeroso de alumnos ríe a mandíbula batiente. Y yo, sencillamente, permanezco inmóvil y aturdido, sintiéndome el destinatario de todas esas burlas. El que debería haber sido mi momento de gloria acaba de convertirse en uno de los pasajes más humillantes de mi biografía, y todo por la intervención de un maldito perro que, entretanto, ha aprovechado la confusión para escabullirse. “Es lógico que se haya ido —razono—. De todos modos ya ha hecho lo que vino a hacer.”

Transcurrieron diez minutos y yo seguía en la misma posición, hipnotizado por la visión del charquito que ningún miembro del servicio de limpieza de la facultad se había dignado recoger (supongo que en su convenio no se mencionaba nada sobre vomitonas caninas). Todos los alumnos se habían marchado a su siguiente clase, o tal vez a la cafetería, donde a buen seguro el incidente del perro estaría haciendo fortuna como chisme del trimestre. Pero yo seguía congelado en el mismo sitio, sin poder sacudirme la idea de que aquello no había ocurrido, de que el terrible perro había existido sólo en mi imaginación y, por lo tanto, su sórdida maniobra nunca había tenido lugar. Trataba de aferrarme al endeble consuelo de que lo había soñado todo, porque a la gente como yo no pueden ocurrirle cosas tan nauseabundas y tan grotescas. De modo que seguí allí de pie, esperando el momento de despertarme para descubrir que el chucho era únicamente la proyección de un complejo olvidado o una pequeña neurosis, y sentir el enorme alivio de que yo mantenía mi reputación intacta y todo seguía como siempre. Y marcharme luego a la facultad de Letras para recitar *El cuervo* de pe a pa, en perfecto inglés y sin un tropiezo. Y, finalmente, recibir el aplauso de mis alumnos y disfrutar de la admiración que en ellos provocaba la brillantez de mi intelecto. Sin embargo, transcurrían los minutos sin que llegara el momento de despertar, y el monstruoso charquito de vómito persistía sobre el azul linóleo a unos tres metros de mí, emponzoñando la atmósfera del aula con su pestilencia.

“*Nevermore*”, susurré por fin ante un aula vacía y después, notando que había recuperado el uso de mi cuerpo, empecé a recoger los papeles que había dejado sobre la mesa y a embutirlos de cualquier modo en mi maletín. “Nunca más”, repetí, esta vez en mi idioma, consciente de que por fin el poema de Poe cobraba sentido para mí, pues supe que a partir de ese día nada iba a ser lo mismo.

Habrà quien me acuse de estar desorbitando un hecho trivial. Y es cierto que me resulta difícil explicar por qué semejante nimiedad me afectó de un modo tan devastador.

Supongo que el éxito en la vida es una cuestión de saber mantener equilibrios que con frecuencia resultan precarios. Una mala racha financiera, una quiebra inesperada o la regulación de empleo que no iba a afectarnos pueden arrojarnos de repente a la calle, con todos nuestros bienes brutalmente embargados por la misma entidad financiera que, hasta poco antes, nos regalaba calendarios y nos enviaba felicitaciones por Navidad. Una deficiencia de litio (¿quién coño se preocupa por el litio?) nos abisma en la más espantosa depresión, cuyo resultado puede ser que acabemos con los sesos convertidos en pulpa tras una caída de veinte pisos desde la ventana del dormitorio. Apuntalamos nuestra existencia con maderos tan endebles que en cualquier momento todo se puede venir abajo, y los acontecimientos más triviales pueden tener funestas consecuencias incluso a corto plazo. El perro y su vomitona no habrían significado nada si yo no hubiera estado ya al borde del precipicio. El perro fue sólo un indicio de lo que estaba a punto de ocurrir. O ni tan siquiera eso. A mis espantados ojos, el incidente del perro se convirtió en el símbolo del vasto cataclismo que llevaba tiempo desencadenándose dentro de mí.

Estas son mis conclusiones si miro los hechos desde un punto de vista racional. Aunque, a veces, cuando el desconsuelo le gana la batalla a la cordura, la visita del perro adquiere perfiles más siniestros. Entonces se me ocurre que el desdichado chucho era en realidad un enviado, y que se presentó ante mí con un propósito. Y lo cierto es que su visita significó el principio de mi caída. Sé que sonará extravagante, pero también he llegado a imaginar que el perro fue sólo un instrumento movido por una voluntad superior, por una mano invisible. Aunque por entonces yo no podía saberlo, el propietario de esa mano se encontraba a miles de kilómetros de distancia, en la ciudad de Edimburgo, husmeando el aire como un lobo hambriento en busca de nuevas presas. Me refiero, naturalmente, a Ben el Ladillas, cuya nefasta intervención en el curso de mi existencia quedaba todavía a dos semanas en el futuro. Con todo, y a la vista

de los acontecimientos posteriores, no me parece insensato situar en este punto el debut de este personaje en esta absurda historia de mi vida. Se ha postulado que el tiempo puede recorrerse en más de un sentido. Si esto fuera cierto, no sería descabellado pensar que algunos seres pueden ejercer su perversa influencia de forma retroactiva, afectando a quienes aún no han sufrido el infortunio de cruzarse en su camino. Estos individuos podrían compararse con una plaga que se extiende y siembra la muerte en todas direcciones a partir del foco original de la infección. En mi historia, el foco de la epidemia está localizado en un paso subterráneo de la ciudad de Edimburgo, la catacumba anegada de orines cuyo inquilino es un indigente llamado Ben el Ladillas. La cadena de acontecimientos cuyo origen sitió allí no comenzará hasta el próximo viernes 24 de junio, dos semanas después del incidente del perro, pero de algún modo ya ha tenido lugar el día en que el chucho irrumpe en el aula donde yo dicto mi clase de Literatura Norteamericana. Y, puestos a pensarlo, puede ser que haya ocurrido también mucho antes, en cada encrucijada de mi vida, cada vez que me he visto obligado a tomar una decisión que afectara de modo drástico a la marcha posterior de los acontecimientos. Yo pensaba que era mi libre albedrío el que determinaba mis elecciones; como máximo, las atribuía a la intervención de ese genio perverso que llamamos azar. Pero tal vez era Ben el Ladillas, desde su paso subterráneo a muchos años de distancia en mi futuro, quien estaba empujándome con mano férrea, forzándome a elegir el camino que, inevitablemente, acabaría conduciéndome a él. Bien sé que este alucinado determinismo que predico no hace sino poner de manifiesto la magnitud de mi naufragio, la desolación del páramo vital por el que ahora transito. Pero no me culpen si intento encontrar consuelo en mis delirios.

Así pues, hablaré de Ben el Ladillas, de un extraño verano en la ciudad de Edimburgo, de los fantasmas que habitan sus calles. Pero eso será a su debido tiempo. Antes me gustaría regresar hasta algunas de esas encrucijadas que he mencionado. Tal vez así, desandando este camino sembrado

de elecciones equivocadas, sea capaz de llegar a entender cómo los acontecimientos han podido seguir un curso tan aciago, torcerse de un modo tan dramático, tan demencial, tan increíblemente perverso.

Sean bienvenidos a mi vida.